CARTA DE OCTAVIO DE ROMEU AL PROFESOR JUAN DE MAIRENA

POR

EUGENIO D'ORS

Su ameno talante, señor profesor, no tomará a mal esta mi osadía de una directa interpelación, subitáneamente removedora de la quietud en que, de tiempo ha, yacemos entrambos. Sobre que, al final de las presentes líneas, ha de encontrarse su justificación temática, ¿no las absolverá, ya desde el principio, la consideración de la fraternidad que nos une—evidente, si no siempre vista—, como nacidos que somos los dos a lo largo de una época; y dentro de la estirpe de un progenitor que, por aquel entonces, acababa de conocer epifanía universalmente gloriosa? En la figura de un profeta semidivino se había desdoblado el filósofo Federico Nietzsche. No cuesta demasiado el tomar como inmediata descendencia suya, entre nosotros, al Antonio Azorín, a que trascendió por algún tiempo don José Martínez Ruiz; al Silvestre Paradox, recurso de don Pío Baroja; al marqués de Bradomín, espejo y bravata de don Ramón del Valle-Inclán. Luego, vuestra merced, señor profesor, y yo mismo, ¿no pertenecemos igualmente a una familia cuya pululación no cesa desde

el instante en que don José le mintió a su personaje un paraguas rojo, hasta el otro instante en que Ramón se decide a lanzarse personalmente a la calle con él? El «pequeño filósofo» no tardó en destruir a su criatura, tomándole el apelativo a título simplemente de pseudónimo. El greguero sin grey se mete inmediatamente en la piel de su mito, hasta el punto de no emprender siquiera el trabajo de buscarle nombre. Azorín es Martínez Ruiz; Gómez de la Serna quiere ser fabuloso. Mas en lo intermedio—en lo intermedio, conceptual como cronológicamente—, usted, señor Mairena, y yo mismo, perseveramos en un delgado existir, de cuya índole particular vanamente han intentado sendas definiciones: Freud, en la ciencia psiquiátrica; Unamuno, en la exégesis quijotesca; Pirandello, en la invención teatral; pero que solamente podrá ser entendido, ya que nunca razonado, por quien logre, para los vuelos más ágiles de su pensamiento, romper las amarras del principio de contradicción.

Y, en este punto, en el de invocar, para excusa de un atrevimiento, una genealogía—arbitrio no desconocido, por cierto, entre gente que llamamos manejadora del sable—, una duda me asalta. Tengo a placer de mi mano un texto extranjero, un recorte de la *Gazette de Lausanne,* de minerva anónima, pero de gran interés, y que mi amiga Marcela Dunant desde allí me remite; texto donde, a propósito de Anatole France, éste, sin más ilustración, es todavía aludido con el vocablo «Monsieur Bergeret»... Usted y yo recordamos con viveza a cuál episodio literario la rezagada alusión corresponde: ¿cabría decir lo mismo de las nuevas promociones literarias y lectoras? Monsieur Bergeret, invención del autor de «Thais»—¿pero, acaso, esta nueva perífrasis tiene más seguridad de decirles algo?—, alcanzó, es verdad, difusión muy grande: no cabe decir que haya luego alcanzado larga pervivencia. Y, aun dejada la cuestión de su caducidad aparte, ¿quién le atribuiría intensa fecundidad? A Zarathustra, sí; y las señales de su poder visibles quedan entre sus sucesores. Monsieur Bergeret, menos que en parte alguna, hubiera po-

dido tenerlos en España. Aquel escéptico era demasiado inerte para beatificado en tierra de fe. Aquel humanitario era demasiado blanducho para que se le aficionasen en tierra de crueldad. Si cualquier desdoblamiento literario de la personalidad se nos presenta, bien entendido, como una representación en microcosmos del anhelo cósmico hacia el superhombre, el tomar el tipo de aquel fatigado intelectualoide francés como vereda resultaba el peor camino para que unos escritores hispánicos diesen rienda suelta a su sed, más o menos disimulada, de superhombría. Ni «Pío Cid», a quien, si acaso, pudiera, pensando mal, atribuirse una filiación—más explicable por impregnación que por empreñamiento—en la figura de Robinson Crusöe—tan vigorosamente mítica ésta que hay viajero que busca, frente a Venezuela o en otros paralelos, la isla de sus soledades—, ni Bradomín, bretón, pero no francés—por su carlismo a molde y escuela de Barbey d'Aurevilly—, tienen nada que ver con el erudito del Quai Voltaire. Con Zarathustra, mucho; que era casi un dios y, desde luego, un profeta imperioso. Con Zarathustra, que *mandaba*, allí donde Bergeret se contenta con *ironizar;* que se sienta en el trono, allí donde el otro se limita a servir de testigo. Expresión de la voluntad de potencia y hasta de prepotencia el uno. De la voluntad de conocimiento, y hasta, burguesamente, de bienestar, el otro, hay entre monsieur Bergeret y Zarathustra, considerados como arquetipos, la misma diferencia que separa al Pantagruel renacentista del tridentino Don Juan.

¿Don Juan, dije?... «Ni un seductor Mañara ni un Bradomín he sido», cantaba de sí propio nuestro querido Antonio Machado, que si el potente Nietzsche os engendraba, haciéndoos hermano de tantas duplicantes criaturas, él, como mayeuta o partero, os alumbró. Es una confesión templada, a medio camino entre la contrición y el alarde. A la par denuncia el ejemplo de quien en tan específica excelencia erigió el arquetipo de la autoidealización. Más pertinente, en esta ocasión, Machado que Rubén Darío—que, en cambio, a él le ha-

bía retratado con tanta donosura—, no evoca en la ocasión al «divino marqués», al marqués de Sade, para saludar al marqués de Bradomín. No alude al castigador de los cuerpos, sino al castigador de las honras. Lo verdaderamente soñado aquí es la vida del caballero Casanova, en cuya ejemplaridad se insertan, completándola, rasgos del *chouan*, hidalgo de Navarra, gentilhombre de la Bretaña, de Normandía o de la Vendée. Bradomín no se hubiera, en verdad, contentado nunca con la flecha que le asignó Cupido. Quisiera, para obsequio suyo, todo el carcaj; y aún reclamaría en tono altanero algo de lo que, en uso castrense, se llama «el plus de caballo»... Tampoco satisfacían la secreta sed del alumbrador de Silvestre Paradox las seguridades de familia y renta con que le envolvía la anécdota biográfica: él se hubiera deseado metido en hoz y en coz en la picaresca integral; ser lo que, dentro de ciertas concepciones sociales bastante castizas, puede llamarse «un hombre de acción»; un «disponible», en el léxico de André Gide; un aventurero... Recientemente analizaba André Maurois, en una conferencia de Madrid, algunos de los secretos de la mentalidad y de la profesionalidad literarias. Según él, cada creador ha tenido un íntimo resorte de insatisfacción, nacida del contraste entre una transfiguración ideal y una personal realidad soportada. Stendhal se hubiera querido un brillante oficial, en vez de un consular burócrata; Balzac, un dandy. De él mismo, de Maurois, el voto secreto ha sido revelado: el normando, en la proyección de su profunda subconciencia, se ve inglés; el «hombre de letras», diletante educado en Oxford... —¿Y usted?—se me dirá por ventura—. ¿Y usted, que tan desenfadadamente le canta el secreto a todo el mundo, cuál vocación arrastra, de qué modelo es trasunto, de qué arquetipo inasequible es tipo?... ¡Oh, a mí, ya me han calado hace tiempo! Sobre mí la denuncia ya se tramita desde hace tiempo. Ya saben hasta los niños que el figurín de Octavio de Romeu se llamó Goethe. Y que, de Goethe, lo sordamente codiciado por Octavio de Romeu sería la eficacia. El, puesto a ser iluso, no se cree vedado el llegar

un día a hacer un «Fausto» y, a la vez—aquí la simultaneidad es característica—, una «Metamorfosis de las Plantas...» Pero también sabe, el infeliz, que no podrá nunca, mas que en sueños, disponer la temporada del Teatro de la Corte en un Weimar cualquiera o dictar el reglamento para la explotación de las minas de un Gran Ducado. «¡Adiós, Goethe sin Gran Duque!», acostumbraba a soltarme Paul Valéry, cuando me encontraba en sociedad... —Y a usted, profesor Mairena, ¿qué se le diría? Se le diría: «¡Buenas tardes, señor profesor!» ¡Lo mismo, exactamente lo mismo, que al profesor don Antonio Machado!

Tal es, lo imagino, el rasgo fundamental aquí. Y lo que nos maravilla a todos, vuestros hermanos delirantes, es lo grandemente que os parecéis a quien os alumbró; como que sólo una leve diferenciación separa en la circunstancia, del Autor, el Héroe. Se diría que toda la ambición mundana de quien fué tan poeta, consistía en pasar, dentro del mismo Instituto provinciano, de profesor de Francés a profesor de Retórica. ¿A quién, pues, quisisteis emular? Si no ha sido la del padre Zarathustra; si no ha sido la de Casanova; si no ha sido la de Goethe, como en nosotros, la vida que os tentó, ¿qué otro modelo escogía vuestro inconsciente en el repertorio? ¿Me habré equivocado hace un instante, al excluir a monsieur Bergeret de cualquier posibilidad de influencia, en el proceso de nuestras epifanías desdobladas? Bergeret, sin duda, caía a distancia. Pero aquí, a mano, hallábase don Miguel de Unamuno. Y en el archivo de los recuerdos de Antonio Machado, la «Institución Libre de Enseñanza»... En Heidelberg, querido Mairena, amigo mío, hermano mío, me aconteció un día, hace más de cuarenta años, el entrar en la oficina de un sastre. Algún encargo le tenía que hacer—no todo el mundo se puede permitir, aun dejando en paz a las flechas de Cupido, el desaliño indumentario: yo soy víctima de la fatalidad de que antes me dibujaran que me entendieran—. El hombre de oficio me sacó un repertorio de imágenes litográficas, con los patrones de la moda vigente. En España, en Francia, en cualquier parte, un repertorio por el estilo

nos ofrece elegantes figuras de *gentlemen* paseantes o saludándose en unas carreras de caballos o practicando otoñalmente la caza, entre perdigueros y escopetas. En Heidelberg—en el Heidelberg de entonces—, no. Los modelos eran allí representados en aspecto de maduro profesor, con barbas, anteojos, tal vez un libro o una retorta en la mano. Pues bien: como en una sastrería de Heidelberg, un estrecho abanico de variedades de profesionalidad se presentó a la elección tipificadora de Antonio Machado. Escogió la suya, señor. Le escogió maduro, recoleto, solitario, paisajista, excursionista, viajero de tercera. Le escogió moroso, enigmático y—porque Unamuno había impregnado lo suyo también—paradójico. Pero aquí la paradoja se resolvía en un donaire, no en una agonía. También le quiso a usted, abandonado, pero cortés; libertario, pero pedagógico. La «Institución», como Unamuno, imponían sus preferencias igualmente. Le quiso, digámoslo claro, librepensador. El evangelio de sus «Sentencias, donaires, decires y recuerdos» se abre y, a las cuatro páginas, salta una blasfemia. Pero una blasfemia enguatada, enguantada, metafísica y, por decirlo así, reservona. Tal pudieran decirlas en la «Institución» los santones de la casa, los cuales, luego, se ruborizaban, porque les llegaba de Levante su correligionario el profesor Simarro, el cual las soltaba, rotundamente, en forma de ternos.

Otro sobresalto nos proporciona, apenas empezado igualmente—como que ello ocurre a las dos páginas—el libro en cuestión. Y viene de una hipostaxis imprevisible, según la cual, encima de vuestro mítico existir aparece una superfetatoria existencia de igual clase: un maestro del maestro, cuyas lecciones, bien que muy parcamente reportadas, parecen suficientes a la formación de una tercera imagen, siempre análoga, rasgo sobre rasgo, a la vuestra y a la de vuestro autentificable alumbrador. Librepensador y liberodocente, paradójico y aforístico, hermético y didascálico, con un ambivalente «dejo de timidez y de altivez», el pleonástico Abel Martín, doble de Juan de Mairena, doble de Antonio Machado,

cada cual con su magisterio de ida y vuelta—todos, pudiéramos decir, en la versión más noble, con su diálogo—, en nada viene a descomponer las líneas de la exégesis a que nos aplicamos ahora. No nos trae, si bien se mira, más que un problema interpretativo. Este. Si la artificial tipificación, si la elaboración de una leyenda autógena son, según lo sospechado, el adecentamiento de una secreta aspiración hacia la superhombría, ¿en qué lugar deberemos colocar a vuestro Abel Martín, entre las herencias de vuestro pasado o entre las simientes de vuestro futuro? ¿Alójase en la memoria o en la esperanza? En la primera hipótesis, ¿Abel no se llamaría genéricamente Francisco y, específicamente, no ya Francisco de Asís, sino don Francisco Giner? Con alguna inducción hacia tal sospecha moverá nuestro juicio, por ventura, la precaución con que, en tentativa de providencial despiste, este nombre es sistemáticamente omitido en un texto donde, a cada paso, se presenta el de Miguel de Unamuno y donde comparecen, en cambio, el de Bergson—declarado en otra parte «tuno» por la fuerza del consonante y «judío» por la etnografía a la moda—y hasta el de *Xenius*, mi hermano de leche. Quizá no estaría demasiado lejos de acertar quien soltara, así de pronto, la especie de que el libro de Juan de Mairena nos quedará como *el único epítome donde se conservan lecciones de lo que ha sido el krausismo español...* Pero vamos a la otra hipótesis, la de la esperanza. El ideal de profesor de Retórica en codiciada metamorfosis del profesor de Francés, ¿era el definitivo? ¿No se habría ido lentamente formando, a fuerza de acariciar esta modesta transfiguración, otro ideal que —postergado, jamás cancelado—iba sobrepasando insidiosamente al primero? El caso del poeta, inclusive del gran poeta, inclusive del poeta grande y como tal celebrado, que trocara gustosamente su condición y sus lauros por los del filósofo, no se produciría por única vez. Ahora mismo estamos despidiéndonos de uno: Mauricio Maeterlinck. En nuestra propia cercanía nos parece ir apuntando otro: José María Valverde. En un momento ya avanzado de su carrera, Anto-

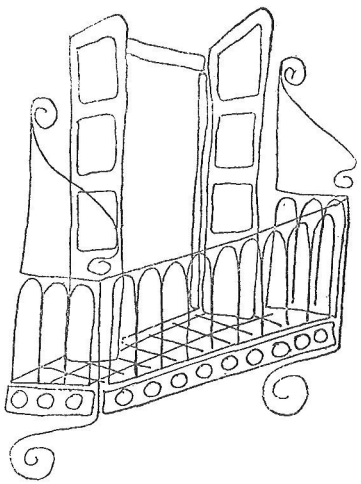
nio Machado abrigó y hasta planteó el propósito de volver al aprendizaje universitario, inscribiéndose como alumno en la Facultad que en Madrid se había creado recientemente y que no existía cuando sus años mozos: la Facultad de Filosofía. Paralelamente, en la colección de sus sentencias y donaires, el lector ve avanzar, ambiciosos progresivamente, los temas filosóficos netos. El «donaire» aparece cada vez más atraído morosamente por la «sentencia». En esta hipótesis, Abel Martín constituiría, no una pervivencia, sino un prenuncio. No el retrato de la novia antigua, a cuyo pie todavía se prende alguna rosa de cuando en cuando, sino el de la novia nueva, que no espera las nupcias prometidas para el año que viene ni sus derechos de monogamia triunfante, para mandar el otro al desván.

Vuestra interinidad, por lo tanto, señor Mairena, se nos ofrece como conductora de una terrible amenaza, en esta segunda hipótesis. La definitiva cristalización del Abel Martín ¿habrá de ir forzosamente acompañada por vuestra desaparición? Un marginal «apunte», entre los de vuestro evangelio, me conturba. ¡Tercer sobresalto, después de los otros dos, el de la blasfemia precoz y el de la reduplicada epifanía! Leo en él lo siguiente: «Juan de Mairena, que *murió en los primeros años del siglo XX.*» Y se añade que había mantenido, hasta la última hora, su «fe ochocentista»... ¿Cómo? Tan estrecho alojamiento en la cronología, ¿puede ser compatible con un carácter mítico, con un alcance ideal? Si ya desde ahora, vuestros alumnos entran en sospecha, por vuestras palabras, de que otro va a ser, por cesión vuestra, quien les haga pasar el examen de reválida, se hurtarán al esfuerzo de fijar vuestras máximas en la memoria. El paso de la cátedra de Francés a la de Retórica os permitió la realización de un sueño dorado: la satisfacción de tener discípulos con quienes departir sobre todo lo divino y humano, gracias a la liberal latitud de la nueva asignatura, la cual, por pertenecer al orden de las humanidades, nada humano ajeno a sí reputa. Esta ventaja—donde evidentemente hay que buscar una de

las razones de vuestra existencia—, imaginada ya sin la obligación de tascar el freno de un remache de conjugaciones y de prácticas lingüísticas, estaría con todo llamada a desaparecer, así que otro, aun imaginado más fuerte que usted, la sustituyera, cambiada en filosofía austera la retórica y sus amenos recursos, de los cuales hubiera que despedirse apenas pronunciada una oración fúnebre. A nivel de doctorando, ¿cómo cabría aún ponerle una cabeza de burro al señor Gosálvez porque no sabe distinguir entre «comer judías con tomate» y «comer tomate con judíos»? ¿Ni cómo una docencia propiamente filosófica soportaría esta declaración: «Todo ha de ser pensado por alguien, y el mayor desatino puede ser un punto de vista de lo real. Que dos y dos sean necesariamente cuatro es una opinión que muchos compartimos. Pero si alguien sinceramente piensa otra cosa que lo diga. Aquí no nos asombramos de nada. Ni siquiera hemos de exigirle la prueba de su aserto, porque ello equivaldría a obligarle a aceptar las normas de nuestro pensamiento, en las cuales habrían de fundarse los argumentos que nos convencieran; y estos argumentos sólo pueden probar nuestra tesis, pero de ningún modo la suya»? No, este suicidio crítico, si compatible con una gimnasia intelectual—que las sofísticas (o las escolásticas) pueden quedarse en eso—, debe cesar, así que se entra en la zona de la responsabilidad; así que las fuerzas han de aplicarse no al juego, sino al trabajo. Renunciemos de antemano a las lecciones híbridas de lo filosófico y lo sofístico que pudiera darnos Abel Martín. ¡Muera Abel Martín! ¡Muera Abel Martín si su existencia tiene que ser a costa, en cualquier inmediato porvenir, de la de Juan de Mairena!... Afortunadamente, nosotros estamos ya informados de que la versión implícita en el apunte necrológico que hemos recogido *es falsa*. Sabemos no sólo que Juan de Mairena no ha muerto, sino que Antonio Machado no llegó nunca a licenciarse en Filosofía.

Y si en esta persuasión está el motivo de la presente epístola, la temática justificación que, según anuncio, debe coro-

narla, parte de su mismo postulado. Usted está vivo, señor de Mairena. Usted está vivo, como yo lo estoy; aunque las gentes ni al uno ni al otro parezcan urgidas de aprovecharnos. Pues bien: si ni al uno ni al otro las gentes quieren aprovechar, el uno del otro; si vuestra merced es servida, nos aprovecharemos. Algo decaído le sé a usted desde nuestro luto de 1939. Imagino que a la *Consolatio philosophiæ* ha querido renunciar como consecuencia de éste, por manera definitiva. Pues bien, a eso vengo yo: a decirle que no conviene renunciar. Hay muchas moradas en la mansión del Padre. Hay muchas maneras de cortejar a la verdad que no dependen de los diplomas ni dependen siquiera de la posición magistral... Míreme a mí, amigo, hermano. Míreme a mí, a quien la impuesta mutación ha costado más que a nadie; porque yo me había lanzado a las ambiciosas totalitarias. En Goethe quise encontrar espejo. Pero os confesaré que, no contento aún con ello, ganoso de una experiencia de mayor complicación, no me abstuve de injertar, en el vigoroso árbol goethiano, modalidades de viciosa floración, a lo Gabriel d'Annunzio; y hasta pueriles arbitrariedades de las antes puestas en cómoda circulación por Des Esseintes o decoradas por las conturbadoras grafías del dibujante Aubrey Bearsdley. Así, en diletantismo desenfrenado, dibujé también yo; así viví. El paso de los años, empero, me ha ido, ora de prisa, ora lentamente, desembarazando de muchas de estas cosas. El espíritu de renuncia me ha ganado; y ya, si antes, para conversar conmigo, había que buscarme en palacios esplendorosos, jardines y piscinas, ahora, para dialogar, y hasta para socorrerme, hay que subir a una ermita donde, porque el mar está cerca, palabras, hombres y cipreses no tienen más adorno que la aspereza de su desnudez. «Del monte en la ladera», tengo por mis manos labrado, o casi, no un huerto, pero un refugio. Si sus moradores no cortan leña, como los grandes patricios británicos en el retiro, para enterizar el vigor de su ancianidad y la eficacia de su higiene, a esta leña sí, aunque cortada por otros, se la prende fuego con mano propia. El regalo está allí en ver el

mar desde todos los lechos, sin necesidad siquiera de incorporarse; lujo a mi vedado, querido profesor; porque tal vez le ha llegado a usted la voz de que, desde hace algunos años, estoy ciego. Ciego y todo, mi ángulo me sonríe, *angulus ridet*. Un ángulo, no un rincón. Y de él tomo, en verdad lo digo, sólo unas primeras letras, una raíz. Gusta mi espíritu eremita de comer raíces. Tres letras—*Ang*—donde caben palabras como «angustia», como «ángel». La angustia me hace vivir. El Angel me hace inmortal. La vida y la eternidad juntas, ¿qué más quisiéramos?... Y vea, profesor. Ya se me ha adelantado el plural. Este plural quiere decir vuestra merced y yo. Vuestra merced cabe en el ángulo. Y también cabe la filosofía. Una filosofía verdadera, donde el discípulo está por fin sustituído, francamente, por el interlocutor. En esta semejante nuestros pensamientos cobrarán nueva vida. Su provincianismo resentido, mi cosmopolitismo frivolizado, se curarán al reconciliarse, al fundirse. Véngase usted a la ermita, Juan de Mairena. Venga a ver a qué alto fin aspiro, no sólo antes que el tiempo muera en nuestros brazos, sino, y más fuertemente, para cuando haya muerto ya.»

Eugenio d'Ors.
Sacramento, 1.
MADRID (España).